

REVISTA EUROPEA.

Núm. 79

29 DE AGOSTO DE 1875.

AÑO II.

BOSQUEJO DE LAS LEYES DE LA HISTORIA Y DEL PROGRESO HUMANO.

La vida del Hombre en la Tierra, aunque finita, debe ser una bella imagen de la vida de Dios, á cuya semejanza con rítmica gradacion se eleva. Una vez levantados el espíritu individual y la conciencia de la Humanidad á la fuente misma de donde toda realidad y toda vida emanan, deben hallar en ella las leyes biológicas, absolutas, universales y necesarias, bajo las cuales determina libremente el hombre los hechos, creencias, costumbres é instituciones que han de dar por resultado, mediante la cooperacion divina, la mejor y más libre y bella obra que en la limitacion humana quepa, comparable sólo á la infinita y absoluta que Dios, como Sér Supremo, eternamente realiza.

Gravísimo y lamentable error es, por tanto, pensar que basta para la Ciencia de la Historia el conocimiento empírico de los hechos. El objeto entero de la Historia es la Vida *una* del Sér y de todos los séres finitos bajo Dios: su comprension puede ser limitada para el sér finito; pero la Historia misma es la obra infinita de Dios vivo. Y claro es que, no resolviéndose la vida en la mera efectividad, no basta para su inteligencia verdadera la esfera estrecha de la pura experiencia. ¿Qué significaría la simple exposicion de hechos? ¿Qué valdria la descripcion de razas, pueblos ó edades, si bajo cada una de estas particulares determinaciones no se contuviera en la Historia humana algo de esencial y permanente, que como tal subsiste por toda la duracion de los siglos y puede ser en todos tiempos conocido? El conocimiento de los hechos, como aisladas fenomenalidades, no sólo careceria de sentido, sino que seria imposible. De aquí que todos, áun sin darse cuenta de ello, busquen un criterio para entender las manifestaciones individuales de la vida humana. Mas todo criterio es insuficiente é irracional si no se funda en el concepto entero de la vida. Considerar un acontecimiento ó una institucion, aunque sean los más grandes que la Historia presente, como la razon de todo el progreso humano, es ciertamente contrario á la esencia y ley de la Vida misma (1). Sólo, pues, subordinando á ésta to-

dos los hechos, y refiriendo constantemente la efectividad á la esencia del sér que vive, podemos penetrar en el verdadero sentido de la Historia, y fijar con entera seguridad libres, cuanto en nuestra limitacion quepa, de una torcida direccion y de trascendentales errores, las leyes que rigen al desenvolvimiento humano.

I.

Ahora bien: si, como dejamos sentado, la Vida es ante todo *una*, como propiedad del Sér; si contiene además *variedad* de estados, en los cuales se va determinando la eterna naturaleza del Sér mismo; y si, por último, esta oposicion debe *armonizarse* y componerse bajo la unidad de la esencia, cuyo interior desenvolvimiento es, síguese necesariamente que la *unidad*, la *variedad* y la *armonía* son las leyes universales de la Vida.

La Unidad es la primera ley de toda existencia; preside á la cristalizacion del mineral, á la formacion de la planta, al organismo del animal, lo mismo que al movimiento de cada sistema planetario (1). El sér que vive contiene virtualmente en su unidad todas sus determinaciones ulteriores, ya como gérmen donde se hallan embrionariamente en completa indistincion los estados y desarrollos futuros, ya como fuerza y energia que ha de producirlos, sacándolos de aquel fondo indesevuelto en que potencialmente existen.

Forzoso es, si no ha de quedar el sér en estado de indeterminacion, que llegue el momento en que se rompa, por decirlo así, aquella unidad embrionaria, desplegándose bajo formas determinadas y características. Comienza entónces la Variedad, la cual no es otra cosa que la evolucion sucesiva de cada uno de los elementos contenidos en la Unidad primera bajo la forma de oposicion, que permite el desarrollo espontáneo y progresivo de los diversos órganos ó facultades antes indistintos ó indeterminados (2). Pero esta interior contrariedad no agota, ni resume, ni anula la Unidad, que queda siempre sobre todas y cada una de las determinaciones particulares como la determinante de ellas. Infiérese, por tanto, que cuanto más rica y completa es esta oposicion, tanto

(1) *Omnia desiderant bonum, ita desiderant unitatem, sine qua esse non possunt.* — Boecio.

(2) *La divisibilité ou l'expansion universelle est le mouvement de l'unité à la variété.* (Cousin, *Introduction à l'histoire de la Philosophie.*)

(1) De aquí nacen los graves errores de la llamada escuela histórica.

más completo y rico es también el desarrollo y crecimiento de cada sér.

Mas este movimiento de expansion está contenido dentro de límites precisos que la naturaleza de los séres constituye, sin lo cual faltaria la razon y el fin último de la Vida. A medida que el sér va desenvolviendo su esencia y determinándola en órganos y facultades, nacen al punto nuevas energias que tienden á concentrar, por medio de la atraccion, las fuerzas adquiridas; de tal suerte, que el movimiento de la Unidad á la Variedad, engendrado por medio de la expansion, está íntima y continuamente relacionado con el movimiento inverso de la Variedad á la Unidad por medio de la atraccion. Este doble movimiento de expansion y de concentracion se determina bajo la ley de *armonía* en evoluciones paralelas y ordenadas, en las cuales los diferentes órganos, facultades y fines, desarrollados ántes en oposicion, tienden á equilibrarse, á concertarse y á moverse de nuevo bajo un plan uniforme, subordinándose los fines particulares al fin último y total del Sér. Muéstrase, en fin, la variedad en la unidad, que es lo que constituye la armonía. Cuando el Sér ha realizado su naturaleza bajo el predominio de esta ley, y dado los frutos que fundan la esperanza de una ulterior existencia, la Vida empieza á declinar recorriendo, en marchas descendentes contrapuestas á la anterior, fases análogas á las del periodo ascendente, en las cuales se van sucesivamente perdiendo las fuerzas, hasta llegar á un punto en que se extinguen. Forma así la vida un ciclo cerrado en que se tocan y corresponden el nacimiento y la muerte. Segun estas leyes de aplicacion universal, observamos, en efecto, que todo sér finito nace, se desarrolla, florece, decae y muere; asciende en los primeros periodos de su existencia, hasta llegar á la plenitud de sus fuerzas, y decae en los últimos, hasta llegar á la muerte, que como el nacimiento es una transicion á nueva vida. La enfermedad ó el accidente que producen la muerte prematura cortan el ciclo de la Vida, pero no contradicen sus leyes.

Determinanse éstas en los séres racionales finitos en tres edades: *infancia, juventud y madurez*, en cada una de las cuales distinguimos dos periodos principales. Se forma y desarrolla, á la verdad, el feto en el seno de la madre, constituyendo parte interior y orgánica de su cuerpo y vida como la semilla en el seno de la tierra. Por el nacimiento pasa el hombre de la vida de gérmen en que se hallaba aún indeterminado á la existencia libre en el espacio; respira el aire de la Naturaleza exterior; comienza á asimilarse los elementos vivificadores que le ofrece, y principia á desarrollar sus fuerzas y facultades viviendo por sí, aunque bajo el amparo y proteccion de sus padres. Siéntese ligado poderosa-

mente en sus primeros pasos á los objetos y fenómenos del mundo sensible; y atraído por sus encantos, dirige á ellos con afán toda su actividad; no se da cuenta de su propio sér; ignora á lo que viene al mundo; y entregado sólo á las impresiones sensibles, déjase llevar por los placeres y dolores del momento determinando su voluntad por los primeros impremeditados impulsos del corazón, arrastrado por sentimientos casi siempre egoistas, aunque no pocas veces nobles y generosos, como presagio del nuevo mundo que alborea. Falta al hombre en esta primera edad la conciencia de la union de su espíritu y de su cuerpo, que se manifiestan espontáneamente con el angelical candor que constituye la inocencia y que forma la bondad y belleza propias de la infancia.

Llega luego en serie continua la edad de la juventud, edad de oposicion y de lucha que comienza por un periodo de expansion, en el cual se desenvuelven los órganos y las facultades del hombre, adquiriendo nuevas fuerzas y dejándose llevar por nuevos impulsos y deseos, con que ora siente la voz de la Naturaleza que le seduce y domina, ora percibe la voz del Espíritu que le llama al mundo de la reflexion y de la idealidad. Iníciase en los fines de su vida que plantea con presuntuosa afectacion en toda su opuesta variedad; y confiado en sus propias fuerzas, se aleja del hogar paterno buscando en nuevas esferas sociales otro teatro donde dilatar más su corazón y ejercitar su espíritu: el hijo natural de la familia se siente renacer en la sociedad para reconocerse más tarde hijo eterno de la Humanidad. Proyecta el jóven numerosos ideales que contempla en el mundo del Espíritu y que aspira á imponer á la Naturaleza por el Arte; y creyéndose en su entusiasmo rey de la creacion individual, prescinde, en su soberbio aislamiento, de sus naturales protectores y aun de la vida social que le rodea. Oprimido por numerosas limitaciones que le interrumpen á cada paso en medio del camino, fatigado con la lucha íntima que la Naturaleza y el Espíritu sostienen en su seno disputándose el absoluto predominio del Hombre, comienza el jóven á buscar, mediante la reflexion, un ideal más alto, bajo el cual pueda resolverse esta agitacion interior y asegurarse la paz del ánimo con la tranquilidad, pero activa, posesion de sus fuerzas y de sus facultades en orgánica relacion con todos los séres y en armonia con su destino. ¡Crisis terrible que no siempre se acierta á resolver en conformidad con las leyes eternas de la Vida! Unos se arrojan en los brazos de un indolente misticismo, despreciando á la Naturaleza, negándose á sí propios y supliéndolo todo con el vacío de una fe negativa y abstracta. Otros, seducidos por el goce inmediato del sentido, se embriagan con el placer, buscando en él la per-

manencia que no tiene, cortando á cada paso su vida, renunciando á la ley de la perpetua actividad, y contradicen los más nobles y puros sentimientos del hombre «bajando, en fin, de negacion en negacion hasta el sepulcro de su *egoismo personal*... ¿Y saca Dios al hombre á la escena del mundo, y lo tiene de su mano cada dia y cada hora, y le da por compañeros el Espíritu y la Naturaleza, por madre la Humanidad, por asiento el tiempo y el espacio, por techo el cielo, para que este hombre deje estrellarse en él, como en cuerpo duro atravesado en la corriente, los planes de la Providencia? (1)»

Como quiera, es lo cierto que la Humanidad hace su primera aparicion en el hombre mediante esta tremenda crisis, que sirve de transicion á la *edad madura*. En ésta puede y debe levantarse el individuo humano, por esfuerzo propio, á la conciencia de la union de Espíritu y Naturaleza que le constituye, y al conocimiento racional de Dios, como el Sér supremo, con el cual y bajo el cual se unen los seres finitos en el Mundo. Alcanza, por tanto, la plenitud de sus fuerzas y facultades desarrolladas y educadas en la juventud; reconoce su destino total humano en esta Tierra, y aspira á realizarlo con conciencia y libertad, viviendo en justa y orgánica relacion de amor y de conocimiento con la Naturaleza, con el Espíritu, con la Humanidad en toda sus interiores sociedades, y supremamente con el Padre comun de los seres y de la Vida, aspirando á ajustar su actual existencia al ideal de la vida eterna que en su razon contempla. Pero nuestra propia finitud impone limites á la realizacion de semejantes aspiraciones: el hombre no ha correspondido, no corresponde aún hoy al ideal que concebimos. Muchos desaparecen de la sociedad terrena sin haber salvado aquella crisis saludable; sólo algunos hombres privilegiados que ilustran nuestra historia, y que sobreponiéndose á su tiempo han traído á la conciencia de la Humanidad nuevos principios de Vida, han presentado y preparado con su pensamiento y obra el advenimiento de una época en que halle el individuo humano favorables condiciones para realizar aquel destino. En pos de este primer período de la madurez en que la vida llega á su apogeo, viene otro en el cual, recogiendo ésta en sí, comienzan á decrecer las fuerzas. En la senectud completa el hombre lo que ha proyectado, emprendido y desenvuelto en la edad de j6ven; y en la decrepitud vuelve á una segunda infancia en espíritu y cuerpo, viviendo sólo en la memoria de lo pasado y en el presentimiento de un alto porvenir (inmortalidad), y acercándose insensiblemente á un todo superior de vida, *cuyo tránsito es la muerte*.

Estas edades de la vida del individuo, que acabamos de bosquejar, no suceden siempre en conformidad á la pureza del concepto, ya porque el hombre no sigue fatalmente, como los seres naturales, las leyes de su desenvolvimiento, ya porque viviendo en el seno de la Humanidad, obra segun las condiciones que ésta le impone. Por esto es fácil observar cómo pasa necesariamente nuestro cuerpo, si el accidente no corta su existencia, por cada una de aquellas edades; mientras se hallan con frecuencia vidas enteras que no se levantan del mundo del sentido, cuyo placer les retiene; ó que se embriagan con una idealidad abstracta, negándose al mundo de la realidad; ó que se anulan en un misticismo engendrado por el temor; ó que se gasta en una perpetua lucha de aspiraciones y creencias, contradiciéndose á cada paso y rompiendo así la unidad de la vida ó esterilizando su rico contenido: limitaciones todas que deben irse venciendo en nuestra Historia.

II.

Determináanse igualmente aquellas leyes y estas edades en la vida total de la Humanidad y en la de todas las personalidades é instituciones que dentro de ella se desenvuelven.

Creada la Humanidad en el seno del Universo, como el compuesto total más íntimo y armónico de la Naturaleza y del Espíritu, y teniendo por asiento una morada adecuada á su destino (1), debía, en su

(1) Puede, en efecto, considerarse la Geografía como el signo mudo de la Historia de la Humanidad, escrito en el suelo de la Tierra. Muéstrase ésta, en efecto, como un todo orgánico, cerrado en sí y como asiento acomodado á la vida del hombre. La oposicion de aire, agua y tierra firme, está ordenada orgánica y periódicamente en espacio, tiempo y fuerza. La tierra firme está dividida, segun la ley del número, en proporciones de 4 á 5 en la relacion de las cadenas de montañas, en la forma y circunscripcion del continente. Señala éste, en la direcccion de sus cordilleras, dos puntos capitales de la Tierra (polos), abrazando en círculo al uno, el polo del Norte, y extendiendo hacia el Sur sus extremos agudos; por lo cual la masa del continente se halla principalmente hacia el polo Norte. Todo el continente, correspondiendo á las leyes eternas y universales de la Vida, se divide en dos partes, enlazadas por una tercera. La primera, mayor y más antigua, está determinada por una cadena de montañas que, partiendo del estrecho de Behring, se extienden hacia el Sudoeste por Asia y Africa, rematando en el Cabo de Buena Esperanza. La segunda está determinada igualmente por otra cordillera que parte del mismo estrecho de Behring y se extiende en direcccion Sudeste hasta terminar en el Cabo de Hornos. Cada una de estas cadenas de montañas forman un arco, cuyos lados interiores, cóncavos, circunscriben el seno de la tierra, dejando el lado convexo hacia afuera: esta forma determina los dos mares, el interior ó Atlántico, hacia el cual corren de consiguiente los grandes rios, y el exterior ó Pacífico. Dos cadenas de montañas, subordinadas á las anteriores, cortan lateralmente el Ecuador en la direcccion Este á Oeste, formando la parte compuesta de la Tierra llamada Oceania, en la cual se equilibran el agua y la tierra firme. Forma así el continente un compuesto de tres miembros, segun las leyes de la unidad, la oposicion y la composicion. La América es, sin duda, infinitamente más j6ven que el antiguo mundo, y la Polynesia está aún en formacion: virgen todavia, se la ve brotar en medio de los mares; pero sin aquellos cataclismos que debieron presidir á la formacion de los ante-

(1) Sanz del Rio: Discurso inaugural del año académico de 1837 á 1838.

primera edad, contener en estado de germen los elementos que habían de desenvolverse en ulteriores tiempos. Sin distinguir ni oponer todavía dentro de sí los dos seres en ella unidos, mostrándose ante todo como la union indesenvuelta de ellos (4), necesita vivir en íntima comunicacion con la Naturaleza que espontáneamente le sustentara, y en relacion inmediata y pura (inocencia), con todos los seres, y supremamente con Dios, bajo cuyo amparo y proteccion habia de asentar la planta en este suelo del destino. Mas al desenvolver su esencia debia la Humanidad convertirse espontáneamente á la contemplacion y asimilacion de la Naturaleza, con la cual se encontrara sensiblemente unida y como formando un todo solidario con ella, desconociendo el mundo del Espiritu y confundiendo á Dios con las fuerzas naturales, cuyo poder le sobrecoje y maravilla. En esta edad, en que debia predominar el naturalismo manifestándose bajo infinitas formas, habia de anunciarse como feliz presentimiento el reinado del Espiritu, á la manera que se revela en el niño, preparándose un nuevo período

rios continentes, y formar un mundo de islas que preparan sin duda, como ántes aquellos, la morada para una ulterior cultura. Cada parte constituye todavia un todo análogo trimembre, porque cada una de las dos cordilleras principales se compone otra vez de dos arcos con el lado cóncavo hácia adentro, y unidas entre sí por una cadena intermedia diagonal: así, en el continente antiguo, el arco del Norte determina el Asia, el del Sur el Africa, y la cadena de union entre ambos, la Europa. Igualmente en el arco opuesto del Nuevo-Mundo, la parte setentrional forma la América del Norte; la meridional, la América del Sur, y la cadena de composicion forma las Indias occidentales. Estas leyes de division determinan, en parte, la Historia de la Humanidad, porque ésta se ha desen vuelto y propagado sobre la Tierra bajo la ley de la unidad, creciendo juntamente en número de individuos y de pueblos, y en union orgánica de todos para el cumplimiento del destino total humano. (Ms. a.) V. Aitmeier, *Philosophie de l'histoire*, lib. IV.—Bajo estos principios generales es fácil determinar cómo las condiciones geográficas influyen en la historia. «La existencia de cada pueblo, dice Hegel, se refiere al espacio como al tiempo, y el principio particular que lo caracteriza es determinado en parte por la Naturaleza que lo rodea.» La Humanidad, y dentro de ella las razas, pueblos: é individuos, están sometidos á la influencia de circunstancias exteriores que condicionan pero no destruyen la libertad del hombre. *Montesquieu*, y despues de él *Herder*, han expuesto, y á la verdad exagerado, la influencia del clima y de todas las causas físicas sobre el carácter y civilizacion de los pueblos. Segun el escritor alemán, el papel del hombre y de las naciones está escrito en su organizacion y en la del mundo exterior; no niega á Dios, porque es la Providencia quien ha trazado desde el origen los destinos del género humano, y quien coloca á cada individuo, á cada pueblo, en el lugar y el tiempo donde debe llegar su mision. «Somos necesariamente lo que podemos ser, relativamente á los tiempos, á los lugares y á las circunstancias en que vivimos.» (*Itzen zur Philosophie der Geschichte*, XI, 6.) La influencia de la Naturaleza sobre el hombre y sobre los pueblos, es incontestable; pero este fatalismo naturalista contradice la esencia del Espiritu, que es la libertad, sin la cual, como dejamos demostrado, la vida de los seres racionales seria imposible, y sus condiciones absurdas.

(4) La filología comprueba este primer estado de la vida. El génesis de las lenguas, que sólo á esta edad puede referirse, correspondiendo al génesis del pensamiento, puede ser hoy caracterizado por un sentido sintético, complejo, oscuro, que precede siempre al analítico y reflexivo, como el germen al desarrollo de los distintos órganos. Renan. *De l'origine du langage*, V-VII.

en el cual debia desenvolverse en toda su variedad el Espiritu, postergando y condenando á la Naturaleza, cuyo imperio habia tenido relegado al hombre de la comunion espiritual con Dios. Estas luchas interiores en el seno de la Humanidad, producen épocas de crisis y desfallecimiento, á través de las cuales se verifican esos íntimos renacimientos (4) que han de conducirla á la perfecta conciencia de su sér y de su destino, al reconocimiento de Dios como el Sér uno, infinito, absoluto y el supremo respecto al mundo, cuya union esencial en la Humanidad funda. Relativas limitaciones, nacidas de la necesidad de consagrarse primero al cumplimiento parcial y exclusivo de fines individuales en moradas particulares y aisladas, ocasionan instituciones que anulan ó limitan la personalidad humana (castas, esclavitud), y que no desaparecerán por completo hasta que la Humanidad llegue en su historia al estado de equilibrio y armonia entre la Naturaleza y el Espiritu bajo la union que constituye al Hombre.

III.

Segun los anteriores principios, que no son otra cosa que la exposicion de la naturaleza del hombre y de la Humanidad y de las leyes á que obedecen en su libre y racional progreso, podemos, en efecto, observar en la Historia cómo en medio de los accidentes que acompañan siempre á la causalidad finita, va realizándose nuestro destino y enriqueciéndose la personalidad humana con la posesion de sus fuerzas y de sus facultades, mediante las cuales se establece en relacion universal con todos los seres, cuyas condiciones se asimila y apropia, haciéndose cada vez la más bella imágen de Dios en la Tierra.

a. Así como el hombre individual ningunos ó muy pocos recuerdos precisos conserva de su vida de germen y de su primera infancia, y sólo los tiene determinados desde su primera juventud, así tampoco la Humanidad conserva clara memoria de su primera edad en la Tierra, y sólo comienza su ciencia histórica con la infancia cercana á la juventud en tradiciones mitológicas, de las cuales se va

1) Ofrece, en efecto, la Historia humana épocas, al parecer, de *estacionamiento ó decadencia*; pero, si atenta y profundamente las observamos, y con trascendencia á períodos ulteriores las consideramos, reconocemos que históricamente causan, ocasionan, un renacimiento bajo la ley eterna de la Vida, de que la Humanidad renace y revive eternamente en humanidades parciales. En el tránsito de la decadencia á la renovacion acontecen las *revoluciones*, que son saludables y *providenciales* siempre que traen nuevos principios que cumplir ó nuevos elementos que desarrollar: cauterizan el mal causado por pueblos é instituciones corrompidos y gastados; abren nuevos horizontes de vida y dejan presentir un más bello porvenir para la Humanidad, por el cual se sacrifican sus individuos.—La *guerra*, que funde razas diferentes y comunica pueblos ántes aislados, y lleva elementos de civilizacion á naciones decrepitas, degeneradas ó salvajes, es tambien un medio histórico de perfeccionamiento y de progreso.

separando aquella con precisa determinacion en el progreso á la segunda edad. Pero á la manera que los padres suplen la falta de propio conocimiento en el individuo, conservando y repitiéndole la historia de su infancia, así es conservada por nuestro Padre Celestial la historia primitiva del hombre que le revela en parte en el presentimiento de las primeras tradiciones religiosas, y que es de esperar, según modernos descubrimientos lo anuncian, sea más conocida en una superior edad, puesto que la Humanidad vive efectivamente en la vida de esferas superiores espirituales y humanas, y eternamente en la Vida de Dios. El conocimiento de la historia de estas primitivas edades, que ha de ser tal vez el más grande y trascendental de los renacimientos, comienza, con efecto, á realizarse en nuestros días.

El sentido de aquellas remotas tradiciones presenta á la Humanidad en sus primeros días viviendo en las más íntimas relaciones con la Naturaleza, y debiendo hallarse en un como estado magnético, en una especie de clara vision, á causa de la mayor proximidad entre la Naturaleza inorgánica y la orgánica, y de la union más estrecha é indistinta del Espíritu con el sistema nervioso. Sin pié aún seguro en este suelo del destino, la Humanidad necesitaba vivir en el seno de la Naturaleza, que espontáneamente le sustentara, en paz é inocente comunicacion con todos los séres, y bajo la inmediata proteccion de Dios (1). El Eden es, así, una tradicion comun á todos los pueblos.

Recientes descubrimientos han venido á confirmar en nuestros días estas oscuras reminiscencias de la primera edad humana. La ciencia prehistórica que está formándose á nuestra vista y que, aunque en gérmen todavía, ilumina ya con viva luz los más oscuros y trascendentales problemas de la Historia, nos muestra tambien de un modo análogo, en los límites en que el naciente estado de su desarrollo lo permite, la situacion del hombre primitivo. En íntima comunicacion con la madre Naturaleza y con todas sus criaturas, dotado de una poderosa intuicion, no ménos que destituido de reflexion y de cálculo, entregado por entero á la propia espontaneidad, sin otro móvil para su actividad que la inspiracion ó la necesidad del momento, falto de todo

(1) La Biblia (Génesis XVIII) atestigua y convenga. en efecto, que en la infancia del mundo la especie humana recibiera auxilios extraordinarios, hasta que la invencion de las artes la pusiera en estado de defenderse por sí misma, y de no tener necesidad de la intervencion de la Divinidad. *De Maître, Soirées*, tomo 1, pág. 122. Sin aceptar la verdad histórica de una revelacion sensible y privilegiada, que repugna á la razon y contradice las leyes eternas y naturales de la relacion de Dios con el Mundo, no puede ménos de reconocerse en la vida paradisiaca de la tradicion bíblica una representacion de la candorosa inocencia con que sentia el hombre primitivo su bienhechora dependencia del Poder Supremo.

sentido analítico y de toda voluntad intencional; tal nos presentan á este primogénito de la Humanidad, de un lado los descubrimientos científicos y las inducciones racionales, y de otro las tradiciones hondamente grabadas en la fantasia de los pueblos. Esto no obstante, una buena parte de estos llamados tiempos prehistóricos pertenece sin duda al periodo de transicion entre esta edad y la siguiente.

b. La árida incultura de la Tierra que, decaida de sus fuerzas primitivas gigantescas, demandaba el esfuerzo y trabajo del hombre; la inmensa distancia que apartaba á la Humanidad de su fin; la pena ante la dificultad de su obra, y la falta de Ciencia y de Arte le desalientan y desesperan, llegando á renegar de su destino, á romper sus lazos fraternales y apartarse de Dios, cuya pura idea, si no desaparece del todo sobre la Tierra, es á lo ménos olvidada en esta soberbia emancipacion del hombre, que se ve obligado á dominar la Naturaleza rebelde, á proseguir su largo y penoso fin, y á reconciliarse por último con Dios, mediante su obra propia (4). Comienza así la segunda edad con una crisis dolorosa. Las primeras luchas fratricidas, las emigraciones de los pueblos (2), tradicion general á todas las razas. inician la variedad y oposicion que por tanto tiempo debia trabajar á la vida humana. En esta edad de crecimiento se distinguen tres periodos correspondientes á las tres edades principales: en el primero, la Humanidad se manifiesta en toda la oposicion y diversidad de pueblos y de fines, bajo el principio y ley predominante de la Naturaleza, consagrándose aisladamente primero cada pueblo al cumplimiento exclusivo y parcial de fines particulares, en los cuales comienza ya á mostrarse la propia y bella obra de la actividad humana; en el segundo, se desarrolla libremente el hombre bajo el fin predominante del Espíritu, enderezando su actividad en vista de la Unidad de Dios como Sér extramundano y de la vida ulterior espiritual que la presente terrena prepara; y en el tercero, aspira la Humanidad á referir su interior desarrollo á la Union de Espíritu y Naturaleza, consagrando á ambos mundos su actividad y capacitándose por tanto para realizar plena y armónicamente su destino bajo el Sér Supremo, como la más acabada imágen de la vida divina.

a. El conocimiento de Dios como sér uno, infinito, incondicional, se borra del Espíritu, y sólo se conserva adulterado en las castas sacerdotales que se arrojan la mision de conservar la Ciencia que han recibido por tradicion como un depósito inviolable y sagrado, como un misterio para los demas. Los pueblos se dividen como sus dioses; cada uno vive

(1) *Sanz del Rio*, Ideal de la Humanidad, pág. 279.

(2) *Gorres*, Mythengeschichte der asiatischen Welt, t. 1, pág. 49-53.

sólo para sí, consagrándose á aquel fin que las condiciones geográficas favorecen. En este aislamiento, el principio de la unidad humana desaparece; la desigualdad entre las razas y dentro de las sociedades se considera como institucion divina; la fuerza material y el privilegio vienen á ser las solas relaciones del derecho.—En tales condiciones, la China, pueblo de sentido práctico, se desarrolla bajo un régimen despótico, cultivando sólo la industria, en la cual atesora notables descubrimientos que por su falta completa de idealidad no se levantan de las aplicaciones mecánicas y manuales; y encerrando su vida en estrictas y meras fórmulas, y negándose á toda libre comunicacion humana, vegeta durante siglos, separada hasta hoy de la corriente de la civilizacion. Estados teocráticos sirven en otros pueblos orientales de espíritu más elevado é ideal para unir á los hombres bajo comunes creencias, y levantarlos á relaciones universales bajo el pensamiento de Dios. El Brahmanismo, producido en el seno de los arios, conduce con el panteísmo naturalista á la servidumbre de la Naturaleza, á la inaccion y á la division en castas, cuya institucion, si bien favorable y aún necesaria en un principio para cumplir los fines humanos, imposibilita todo movimiento reformador y toda libre actividad. Sin embargo, la Filosofia y la Literatura, inspirándose en los Vedas, preparan el trascendental progreso que realiza el Budhismo al reconocer y consagrar la igualdad humana. Alejada la India, como la China, de la corriente histórica, queda tambien estacionada en este primero y espontáneo vuelo del espíritu idealista, porque ni el progreso ni la muerte se dan sin la comunicacion de las razas. El Mazdeísmo reivindicada desde su origen el poder sobre la Naturaleza, y mantiene la personalidad del hombre, preparando así, á riesgo de caer en el dualismo, el reinado de la libertad que anuncia ya la civilizacion del Occidente. Bajo esta doctrina, que alienta poderosamente la actividad humana, reunen más tarde los persas casi todos los pueblos orientales. Entre tanto los egipcios, cuyo carácter y cuya lengua revela una matriz humana diferente, trasforman la teocracia, haciéndola más humana; y aunque cultivan la ciencia bajo formas secretas, convierten las castas en clases, el poder militar lucha con el sacerdotal, y al paso que condicionan de un lado *históricamente* el Mosaísmo, anuncian de otro la transicion al politeísmo griego. Atesorando el Mosaísmo la más pura y elevada idea monoteísta, señala el movimiento religioso más trascendental del Oriente, que se determina en la unidad y en la igualdad humana, estando providencialmente destinado á ser el precursor del puro ideal cristiano.—De otra parte el comercio establecía entre los pueblos comunicaciones materiales, que si nacían sólo del inte-

res, no dejaban ménos de servir al fin providencial, uniendo las razas por las necesidades reciprocas. Los fenicios plantearon tambien las condiciones de libertad é independencia que el comercio exigía, realizando un progreso importante en la organizacion política.—La guerra, por último, poniendo en comunicacion las ideas y las razas, prepara, mediante las conquistas de los imperios asirio y caldeo, el sincretismo de casi todos los elementos civilizadores del Oriente, bajo la poderosa mano de los conquistadores persas: los *grandes reyes* esperaban que sus dominios no tuvieran otros limites que el cielo; pero su imperio fué una mera yuxtaposicion de pueblos. El aislamiento de los orientales, el particularismo de la religion, el exclusivismo del fin humano que cada pueblo cumplía, la desigualdad social, en fin, imposibilitaban una verdadera union, cuya necesidad histórica sólo podía satisfacerse por el medio externo del despotismo; pero fundado éste en la injusticia, sostenido por la opresion, y sobre todo contrario á la naturaleza humana, era continuamente agitado por sublevaciones interiores que no le permitían duradera existencia.

β. Grecia inicia la vida del Occidente. Con todo el vigor de su adolescencia, la Humanidad se emancipa del panteísmo religioso y social que había imperado en Asia; se capacita mediante la Ciencia para reconocer su propia esencia, y estimar su personalidad; se impone á la Naturaleza por el Arte, y no halla forma más digna de los dioses que la de la eterna juventud humana. La ciudad, elemento desconocido en el Oriente, resume todo el progreso de la Grecia: el hombre es reconocido en el ciudadano; la casta es sustituida por la esclavitud que se hace de entre los extranjeros; los beneficios de la república sólo pertenecen á los Helenos. Este espíritu exclusivo que nunca les permitió asociar los bárbaros á los derechos del vencedor; la rivalidad entre las ciudades; las facciones de la aristocracia y del pueblo que se hacían una guerra de exterminio; la falta de la unidad, en fin, constituían, al lado de aquellos elementos de prosperidad y de grandeza, los gérmenes de decadencia. La Filosofia y el Arte, presintiendo la unidad de Dios y de la Humanidad, comenzaron á minar el politeísmo naturalista, y prepararon el Occidente á los nuevos destinos que debía cumplir bajo el cristianismo. Las conquistas de Alejandro fueron precursoras de esta suprema relacion entre el Oriente y el Occidente.

γ. Debía para esto realizarse la union de todos los pueblos que habian echado los gérmenes de esta renovacion, y apareció Roma, que, fundada en el mero hecho de la constitucion política, asienta la primera la idea del Estado, subordinando á este fin todas las demas esferas de la vida: la Religion, el Arte, la Ciencia. En él resuelve la oposicion interior

de patricios y plebeyos, y prepara con la conquista la unidad humana que consagra, asimilándose las instituciones de los vencidos y concediéndoles la ciudadanía. La conquista, instrumento de dominación y de lucro en manos del Senado, fué en los designios providenciales el medio de realizar la unidad. La Ciencia y el Arte importados de Grecia, dejaron el carácter ideal para hacerse prácticos, sirviendo á la guerra y al derecho, únicas profesiones del romano. Cuando hubo terminado la conquista del mundo, comenzó Roma á refundir en un sincretismo universal todos los elementos de la civilización antigua: el Capitolio y el Panteon representaron la alianza definitiva de pueblos y de dioses. Realizado el fin, el medio debía desaparecer: la paz y el Imperio vinieron á sustituir á la conquista y á la república aristocrática; la unidad material, la igualdad política, esto es, la consagración de la personalidad en el ciudadano fueron establecidas. Cumplida esta misión, Roma decae en la corrupción y en el ocio, porque no tiene idea para organizar los nuevos pueblos que ha conquistado y darles una doctrina de vida. El hombre material, la raza, se fué extinguiendo; el hombre moral no existía ya: para reemplazar á aquél vinieron los bárbaros; para regenerar á éste el Cristianismo (4). Entre tanto la filosofía alejandrina preparaba el testamento de aquella civilización que acababa negándose á sí misma al reconocer el Espíritu. Iba á hacerse justicia al mundo antiguo; la unidad de Dios va á ser reconocida, y la unidad humana consagrada por la redención, y el Espíritu reconciliado con el Sér Supremo. El hombre es llamado á su conciencia para conquistar la inmortalidad y destruir la esclavitud: no es ya posible decir *vivit et est vita nescius ipse sua* (2).

c. «El advenimiento del Cristianismo y de los germanos que abren un nuevo y superior periodo en la historia humana, coincide con el Imperio; síntomas de muerte y gérmenes de vida anuncian desde entonces una palíngenesia social. Para que aquéllos cumplan su misión, es preciso que perezca Roma; la muerte es el primer momento de una nueva vida. Contra la religión de la *naturaleza* y del *temor* personificada en el Estado, reveló Jesucristo al mundo la religión del *espíritu* y del *amor*, consagrada en la *conciencia* (3). Abria esta santa doctrina nuevos y más grandes destinos religiosos y sociales que, aunque contrarios á los del mundo antiguo, habian sido por éste preparados; los primeros Padres aspiran por eso á engranar estos nuevos principios con la filosofía griega. Mas, para que ella penetrara en la vida, era necesario una raza virgen y poderosa

que destruyera la caduca y corrompida sociedad: los bárbaros, como decía Genserico, cayeron sobre aquellos pueblos contra los cuales Dios estaba irrito (4). El sentimiento poderoso de la individualidad, el respeto á la mujer, la fidelidad en el matrimonio, la sencilla integridad en las costumbres, virtudes que así fortalecían el ánimo como conservaban el natural vigor del cuerpo, eran las dotes que adornaban á estos nuevos pueblos. La servidumbre entre ellos no anulaba enteramente la personalidad humana; el esclavo tenia su casa y sus penates (2). Era así una raza digna de recibir el ideal cristiano. La civilización se extiende sobre Europa, comarca adecuada para reconocer la independencia del Espíritu. Reconociéndose en esta nueva vida religiosa á Dios como el Sér Supremo espiritual y extramundano, se fija el ideal en la vida ultraterrena, considerándose la presente como transitoria; se arraiga en las conciencias el sentimiento de que es preciso renunciar á ella y á sus bienes pasajeros para ser puramente religioso y subordinar á este fin todas las demas esferas de la actividad humana. La Ciencia, el Arte y el Derecho, se ponen á servicio de la Teología; el monacato y el feudalismo absorben durante casi toda la Edad Media la vida del mundo cristiano. La teocracia volvió á ser la institutora de las nuevas gentes. El misterioso poder temporal del Pontificado rechazó invasiones, trasformó pueblos y suavizó feroces pasiones, sometiéndolos á la autoridad divina que se imponía irresistiblemente á los sencillos é impresionables bárbaros. ¿Qué otra fuerza más que la extraordinaria de una religión austera y llena de terrores habria dominado el estúpido orgullo de la fuerza que aislaba á los individuos? El feudalismo habria llevado á la disolución de toda sociedad humana sin el espíritu de solidaridad que se habia encarnado en el Catolicismo. Las pasiones feudales penetraron con su violencia y desenfreno en el seno de la Iglesia, cuya independencia vino á salvar Gregorio VII, levantando el poder espiritual del Pontificado sobre la espada de los señores de la tierra. Pero llevando la reforma hasta la completa sumisión del poder temporal, habria caído la Europa cristiana bajo la servidumbre de las castas sin la institución del celibato. Así se constituía la unidad católica bajo un Dios, un Papa y un Emperador; mas anulándose la independencia de las naciones debían las luchas entre el Papado y el Imperio, que los Gregorios é Inocencios, los Enriques y los Federicos ilustran, impedir la constitución de la Monarquía universal y el dominio absoluto de la Teocracia.

Al tiempo en que constituido el Catolicismo ga-

(1) DE MAISTRE, *Du pape*, lib. III.

(2) OVIDIO, *Trist.* lib. III.

(3) V. nuestro *Brevísimo compendio de Historia unversal*, anónimo, 1865, *Edad antigua*, pág. 70.

(1) LAURENT, *Etudes sur l'histoire de l'Humanité*, t. V, cap. I.

(2) TACITO, *De vita et moribus germanorum*.

naba para la civilización á los pueblos germanos, aparecía también en el Oriente una nueva doctrina que inspiraba en una familia semiítica que había quedado apartada de la cultura antigua y que se revolvía en la idolatría, un ideal y vida religiosa destinada á desenvolverse durante la Edad Media en oposicion al Cristianismo. Anunciábase Mahoma como continuador de Moisés y de Jesus, elevando á los árabes á la creencia en la unidad de Dios y en la inmortalidad del alma; pero limitando, si no anulando la libertad humana; reduciendo el fin de la vida al eudemonismo sensual que seducía á aquellas poblaciones amantes de lo maravilloso y de los placeres, y retenía en la servidumbre á la mujer; absorbiendo en una sola representacion el poder espiritual y el temporal, y negándose á toda sana influencia del pensamiento racional incompatible con una fe irreflexiva y entusiasta, debía esta religion quedar ménos expedita para el libre movimiento del progreso.—Una nueva raza debía ser también el órgano de esta nueva fe: tales fueron los árabes. De imaginacion brillante y fantástica, de alma noble y valerosa, de ánimo movable como la arena del desierto, de pasiones ardientes como su clima, pero de ninguna ó escasa reflexion, extienden en contados años sus dominios desde la India á la España; disputan con los germanos el imperio del Mediterráneo, y se hacen el eco de la cultura persa y griega, que su rica fantasia reviste convirtiendo á Bagdad y á Córdoba en focos de ciencia, de industria y de comercio. Estas rápidas conquistas, que pusieron bajo un solo poder lugares y pueblos de condiciones y carácter opuestos, no prevalecieron sino allí donde el ideal cristiano y la raza germánica no se consolidaron. Por eso se posesionaron fácilmente los árabes de la península ibérica; pero, aun aquí, tras una lucha secular sin semejante en la historia, se restauró la civilizacion católica. Migraciones de pueblos orientales prestaron nueva fuerza al Mahometismo, que amenazando también invadir la Europa por el Oriente, obligó á las sociedades cristianas á congregarse, ante el comun peligro, iniciando aquellas heroicas empresas religiosas, que si no llegaron á recabar la posesion de los Santos Lugares, abrieron multitud de relaciones humanas en industria, comercio y aun cultura, que preparaban un nuevo periodo. Con las cruzadas comenzó á decaer el feudalismo y empezaron á levantarse las ciudades y á hacerse independientes los vasallos ántes entregados al arbitrario poder de los señores, y sólo protegidos por la *caballería* que patrocinaba los derechos del débil, y por el *asilo* que impedía con frecuencia la injusticia, favoreciendo á veces la impunidad. Cultivando los vasallos la industria, las artes y aun las ciencias, adquirieron vigor y riquezas; asociándose

en localidades independientes, constituyeron bien pronto municipios, cuya libertad se garantizaba por constituciones *privilegiadas*, que preparan el camino á la constitucion de las naciones, á la igualdad del derecho. La aristocracia fué perdiendo sus fueros y poder, que se extendían al pueblo y representaban en el Monarca. Aquellos Estados que, como Polonia, no pudieron librar este paso verdaderamente revolucionario, comenzaron á decaer, sobreviviendo poco á este periodo de formacion.—Entran en circulacion desde entónces los elementos de la vida social, inmovilizados bajo el feudalismo, cuyo régimen contribuyeron á disolver los descubrimientos de los siglos XIV y XV que preparan la trasformacion de los tiempos modernos. En tanto el Imperio griego, que arrastraba una larga decadencia, conservando como sagrada reliquia el tesoro de la civilizacion antigua, que de haber caído en manos de los bárbaros á los principios de la Edad Media, se habría perdido, estaba de continuo amenazado por los sectarios de Islam, é interiormente dividido por estériles luchas religiosas y políticas que agotaban su fuerza y provocaban bastardas intrigas y espantosa corrupcion. El ideal cristiano no había penetrado en el corazon de esta raza gastada, que sólo lo recibió como asunto de polémica y de erudicion, convirtiendo aquellos principios regeneradores en pueriles sutilezas y sofismas que acabaron por pervertir el sentimiento é imposibilitar el desarrollo racional de la Ciencia. Al fin sucumbió el frágil Imperio abandonado de las naciones católicas á manos de los turcos, que ganaron para el Mahometismo un asiento en el Oriente de la Europa, al tiempo mismo en que era expulsado del Occidente.

α. A éste hecho de trascendencia suma en la Historia humana, porque determina el Renacimiento que la dispersion de las familias griegas por Europa, principalmente por Italia ocasionó, precedieron importantísimos movimientos que anunciaban de otro lado el equilibrio de todas las esferas de la vida, que debía sustituir á la confusa absorcion de la Edad Media. A contar desde el siglo XIII los rayos del Vaticano y los terrores de la Inquisicion sustituyeron á las armas puramente espirituales de la persuasion y de la enseñanza. El pensamiento había comenzado á emanciparse de la servidumbre de la Teología; y arrastrado en este primer vuelo de su libertad á la negacion de los principios y de las leyes eternas y *universales*, contradiciendo los más altos fundamentos de la Teología, mereció la condenacion y la persecucion de la Iglesia, la cual, movida por su pretendida infalibilidad y por su ley constante de obrar por órden absoluto, quería imponer la fe sobre el aniquilamiento de toda Ciencia. Estas circunstancias históricas ocasionaron la sistematizacion de la crueldad, oscureciéndose en la

cruzada contra los Albigenses (1), en la muerte de Arnaldo de Brescia, de J. Huss y de Jerónimo Savonarola (2), aquellos divinos principios del amor y de la libertad de conciencia que consagrara Jesucristo. Pero las persecuciones, ni extinguieron la herejía, ni contuvieron el genio de la reforma que tan hondamente se arraigaba en el espíritu del tiempo.

Un doble movimiento de la actividad humana, llamada al exterior por la restauración del espíritu pagano y con él de la Naturaleza, que desde entonces prodigara al hombre sus fuerzas y elementos prodigiosos, misteriosamente velados ántes, porque el Espíritu había renegado de ella; y convertida al interior por las cuestiones religiosas y por haberse revelado al Occidente el pensamiento de la Grecia, caracterizan este nuevo periodo, en el cual se reconcilian la Naturaleza y el Espíritu, y comienza á referirse el Mundo á Dios, merced al desarrollo de la Filosofía, miéntras de otro lado se establecen las nacionalidades mediante las nuevas menarquías que preparan la igualdad del derecho entre los ciudadanos; se funden las razas con el descubrimiento de América y de Oceanía, que trae á la Historia un nuevo mundo material y humano, entrando el hombre en la posesión de todo el continente, á la par que emancipa su personalidad de las imposiciones dogmáticas, se perpetúa y universaliza el pensamiento con la imprenta, que más que todos los descubrimientos, contribuye á borrar la desigualdad humana; se reconoce el lugar de esta Tierra en el sistema del Universo, y se abre, en fin, la Humanidad á relaciones infinitas con todos los seres y supremamente con Dios.

La reforma de los Wahabitas y de los Afghanes en Oriente, que anuncian una renovación de ideas y de razas; y las guerras religiosas de Occidente que despues de sangrientas y horribles escenas consagran la libertad de pensamiento y establecen el derecho internacional, mediante el que se afianza la independencia de las naciones á la par que se reconocen como miembros de un Estado y Patria comun en la Tierra, preparan las interiores relaciones humanas, sin cuya plena posesion no recabaran su integridad personal los individuos y los pueblos.

β. Discusiones filosóficas y luchas políticas que ponen en combustion todos los elementos sociales, preparan la Revolución francesa que ha consagrado los derechos fundamentales de la personalidad hu-

(1) Recordemos aquellas terribles palabras pronunciadas por un obispo que, en odio contra Beziers, ni áun queria respetar la vida de los católicos que en ella habia. «Matadlos á todos, dijo, que Dios conocerá á los suyos.»

(2) En medio de las llamas decia con su elocuencia varonil el infamado dominico: «La Iglesia de Dios tiene necesidad de una reforma y de una renovación. Ella será *regenerada*, y cuando lo haya sido será reformada y renovada; ella prosperará; los infieles se áun convertidos á la fe.»

mana, difundiéndolos por todo el mundo civilizado con igual espíritu de proselitismo que una revolución religiosa (1). El Nuevo-Mundo, colonizado por la Europa, plantea entre tanto nuevas y más humanas formas de organización política y social que, á traves de sus violentas conmociones, deja presentir que allí se prepara una escena más grandiosa para la vida y perfeccionamiento de los hombres.

Durante estos momentos de crisis, la Filosofía se recoge en el pensamiento de algunos hombres eminentes y comienza á erigirse en maestra y directora de la Vida, resolviéndose la oposición entre la teoría y la práctica, la razón y la fe, que durante siglos ha trabajado la Historia, y preparándose «el tratado de paz de los sistemas, preliminar indispensable del tratado de paz de las naciones» (2). Los maravillosos descubrimientos de la Ciencia, que, penetrando en el alma de la Naturaleza, vienen transformando la industria y ofreciendo medios prodigiosos con la posesion de los agentes naturales para la instantánea y universal comunicación humana, el casi completo conocimiento de nuestro planeta, la comun cooperación que ya se anuncia de todos los pueblos en los fines de la civilización, y sobre todo, la más alta posesion de sí mismo y la firme conciencia de su destino, á que el hombre llega en nuestros dias, auguran una edad en que todo derecho sea cumplido, todo bien realizado en ley de amor y religion, y todas las justas relaciones consagradas mediante la organización de la familia, de las sociedades y de los pueblos, segun el destino general de la Humanidad y los eternos decretos de la Providencia.

24 Enero 1864.

NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO.

LOS MUSEOS DE ESPAÑA.

II.

MUSEO DE SEVILLA.

Está situado el Museo sevillano en el convento de la Merced. No contiene más que el escaso número de doscientas sesenta y seis obras de pintura y diez de escultura; pero compensa la importancia de muchas de ellas la cortedad del número.

Los más notables pintores andaluces están dignamente representados; pero en éste, como en los demas Museos provinciales, y en los mismos de Madrid, sería inútil buscar obras para completar el

(1) *Tocqueville*, *L'ancien régime et la révolution*, cap. III.

(2) *T.berghien*, *Generation des connaissances humaines*, pág. 471.